

que no había tenido igual durante toda su aventurera vida le hizo conocer que se había jugado su dicha. Sus ojos que vagaban errantes en el espacio, se fijaron en Arthez y le penetraron hasta leer en su alma, convenciéndose de que la sospecha no había logrado contagiar su amor. Entonces el terrible estado en que la había puesto el temor desapareció y la alegría estuvo á punto de ahogar á la feliz Diana, pues generalmente las criaturas tienen más fuerza para soportar las penas, que para resistir las extremas alegrías.

—Daniel, me han calumniado y tú me has vengado— exclamó la princesa levantándose y abriendo los brazos.

En medio del profundo asombro que le causaban aquellas palabras, cuyas raíces eran invisibles para él, Daniel se dejó coger la cabeza y la princesa le besó santamente en la frente.

—¿Cómo ha sabido usted?..

—¡Oh! necio ilustre, ¿no ves que te amo con locura?

Desde aquel día no se ha vuelto á hablar más de la princesa de Cadiñán ni de Arthez. La princesa ha heredado de su madre alguna fortuna, pasa todos los veranos en Ginebra en una casa de campo con el gran escritor y vuelve á París á pasar algunos meses del invierno. A Arthez sólo se le ve en la Cámara, y sus publicaciones se han hecho excesivamente raras. ¿Es esto un desenlace? Para las gentes de talento, sí; mas no para los que quieren saberlo todo.

En los Jardies, Julio de 1830

LOS EMPLEADOS

Á LA CONDESA SERAFINA PORCIA DE SAN SEVERINO

Obligado á leerlo todo para procurar no repetir nada, hace unos días hojeaba los trescientos cuentos más ó menos picarescos de Il Bandello, escritor del siglo XVI poco conocido en Francia, cuentos publicados últimamente en Florencia en la edición compacta de los narradores italianos, cuando el nombre de usted y el del señor conde impresionaron mis ojos, cual si la viese á usted misma, señora. Leía por primera vez Il Bandello en el texto original, y aunque no sin sorpresa, he encontrado que cada cuento, aunque sólo conste de cinco páginas, está dedicado, mediante una carta familiar, á los reyes, á los príncipes, á los personajes más ilustres del tiempo, entre los cuales resaltan los nobles del Milanesado, del Piamonte, patria de Il Bandello, de Florencia y de Génova. Allí están los *Dolcini* de Mantua, los *San Severini* de Crema, los *Visconti* de Milán, los *Guidoboni* de Tortona, los *Sforza*, los *Doria*, los *Fregose*, los *Dante Alighieri* (aun existía uno), los *Frascati*, la reina Margarita de Francia, el emperador de Alemania, el rey de Bohemia, Maximiliano, archiduque de Austria, los *Médici*, los *Sauli*, *Pallavicini*, *Bentivoglio* de Bolonia, *Soderini*, *Colonna*, *Scaliger*, los *Cardona* de España. En Francia: los *Marigny*, Ana de Polignac, princesa de Marcignac y condesa de la Rochefoucauld, el cardenal de Armagnac, el obispo de Cahors, en fin, toda la gran compañía del tiempo, feliz y satisfecha de su correspondencia con el sucesor de Bocaccio. He visto también cuanta nobleza de carácter tenía Il Bandello, pues si ha adornado su obra con estos nombres ilustres, no ha revelado la causa de sus amistades privadas. Después de la *signora Gallerana*, condesa de Bergamo, viene el médico á quien dedicó su cuento de Romeo y Julieta; después de la *signora molto magnifica Hipólita Visconti d'Atellana*, viene el sencillo capitán de caballería ligera, Livio Liviano; después del duque de Orleans, un predicador; después de una Riario, viene *messer magnifico Girolamo Ungaro mercante lucchese*, hombre virtuoso el que cuenta como un *gentilomo navarrese sposa una che era sua sorella et figliuola non lo sapendo*, asunto que le había sido enviado por la reina de Navarra. Yo he pensado, que al igual que Il Bandello, podía colocar uno de mis relatos bajo la protección de una virtuosa *gentilissima illustrissima contessa Serafina san Severino* y dirigirle verdades que serán tomadas por adulationes. ¿Por que no confesar cuán orgulloso me siento de atestiguar aquí y en todas partes, lo mismo hoy que en el siglo XVI, que los escritores, por grande que sea la altura en que los coloca el mundo, se consuelan de las calumnias, de las injurias y de las amargas críticas con hermosas y nobles amistades cuyos sufragios les ayudan á soportar las vejaciones de la vida literaria? París, este cerebro del mundo, le ha agradado á usted tanto con la agitación continua de sus espíritus, ha sido tan bien comprendido por su delicada inteligencia veneciana; ha admirado tanto usted este rico salón de Gerard que hemos perdido y donde se veían, como en la obra de Il Bandello, las inteligencias europeas de este cuarto de siglo; además, las brillantes fiestas, las inauguraciones que hace esta grande y peligrosa sirena la han maravillado tanto, y ha expresado usted con

tanta sencillez sus impresiones, que sin duda dispensará usted protección á la pintura de un mundo que no ha debido conocer, pero que no carece de originalidad. Yo hubiera deseado ofrecerle alguna hermosa poesía, á usted, cuya alma y corazón encierran tanta; pero si un pobre prosista no puede dar más que lo que tiene, tal vez logrará disimular la modicidad del regalo mediante el respetuoso homenaje de la profunda y sincera admiración que usted me inspira.

DE BALZAC.

En París, donde los hombres dedicados al estudio y á la vida intelectual tienen algunas analogías viviendo en el mismo medio, habéis debido encontrar varias caras semejantes á las del señor Rabourdin, el cual en este momento es jefe de negociado de uno de los ministerios más importantes, tiene cuarenta años, cabellos grises y de un matiz tan bonito, que bien puede ser amado á pesar de ellos, pues contribuyen á dulcificar su fisonomía melancólica; ojos azules y llenos de fuego, tez blanca aun, aunque plagada de pecas, frente y nariz á lo Luis XV, boca seria, estatura elevada, delgado, ó mejor dicho, adelgazado como el hombre que sale de una enfermedad, y, finalmente, un modo de andar que fluctúa entre el del indolente paseante y el del hombre entregado á meditaciones. Si este retrato hace adivinar su carácter, el modo de vestir de este hombre contribuirá tal vez á ponerlo de relieve. Rabourdin llevaba habitualmente una gran levita azul, corbata blanca, chaleco cruzado á lo Robespierre, pantalón negro, medias de seda gris y zapatos descubiertos. Afeitado y lacrado con una taza de café en el estómago, salía de su casa con la exactitud de un reloj y pasaba por las mismas calles para ir al ministerio, pero iba tan limpio y llevaba un paso tan acompasado, que lo hubieseis tomado por un inglés encaminándose á la embajada. Por estos rasgos principales es de creer que ya adivináis al padre de familia agobiado por mil contrariedades en el seno de su hogar, atormentado por los quehaceres del ministerio, pero bastante filósofo para tomar la vida tal cual es. Era un hombre honrado, amante de su país y sirviéndole sin que se le ocultasen los obstáculos que se encuentran en desear el bien, y era también prudente, porque

conocía á los hombres. Exquisitamente cortés con las mujeres, afable con sus inferiores, altivo con sus iguales y digno con sus jefes. En la época á que se refiere este relato hubieseis notado en él el aire fríamente resignado del hombre que había abandonado las ilusiones de la juventud, que había renunciado á secretas ambiciones; hubieseis reconocido al hombre desanimado, pero no desesperado, que persistía en sus primeros proyectos más bien para emplear en algo sus facultades, que por la esperanza de un triunfo dudoso. No tenía ninguna condecoración, y se reprochaba como una debilidad el haber llevado la del Lirio durante los primeros días de la Restauración.

La vida de este hombre ofrecía particularidades misteriosas. No había conocido á su padre, y su madre, mujer muy dada al lujo, á las fiestas y á la que él había visto muy poco, le dejó escasos bienes; pero le había dado la educación vulgar é incompleta que produce tantos ambiciosos y tan pocas capacidades. A los diez y seis años, algunos días antes de la muerte de su madre, había salido del Liceo de Napoleón para entrar como supernumerario en las oficinas, donde no tardó en cobrar sueldo gracias á algún protector desconocido. A los veintidós años Rabourdin era subjefe y jefe á los veinticinco. Desde aquel día, la mano que protegía á aquel muchacho sólo le había hecho sentir su poder en una circunstancia; lo había llevado á la casa del señor Leprince, antiguo subastador de obras de arte, hombre viudo que pasaba por ser muy rico y que era padre de una hija única. Javier Rabourdin se enamoró locamente de la señorita Celestina Leprince, que contaba á la sazón diez y siete años y que tenía pretensiones de doscientos mil francos de dote. Cuidadosamente educada por una madre artista que le trasmitió todos sus talentos, aquella joven tenía que atraer las miradas de los hombres más distinguidos. Alta, hermosa y admirablemente hecha, pintaba, era buena música, hablaba varias lenguas y había recibido algunas nociones de ciencia, peligrosa ventaja que obliga á una mujer á tomar muchas precauciones si quiere evitar toda pedantería. Cegada por una ternura mal entendida, la madre había dado falsas esperanzas á su hija acerca de su porvenir. Según ella, un duque ó un embajador, un mariscal ó un ministro, eran las únicas proporciones que podían convenir á su Celestina. Por otra parte, aquella muchacha usaba el

lenguaje, los modales y las maneras del gran mundo. Su tocado era más rico y más elegante de lo que convenía á una muchacha casadera; un marido sólo podía procurarle la dicha, y los mimos continuos de la madre, que murió un año después del matrimonio de su hija, hacían bastante difícil la labor de un esposo. ¿Cuánta sangre fría no era necesaria para gobernar á semejante mujer? Los pretendientes de la clase media, asustados, se retiraron. Huérfano, sin más fortuna que su destino, Javier fué propuesto por el señor Leprince á Celestina, la cual se resistió algún tiempo. La señorita Leprince no tenía que hacer ninguna objeción á su pretendiente, el cual era joven, guapo y cariñoso; pero la joven no quería llamarse señora de Rabourdin. El padre dijo á su hija que Rabourdin era de la madera con que se hacen los ministros. Celestina respondió que jamás hombre que se llamase Rabourdin podría medrar con el gobierno de los Borbones, etc., etc. Acorralado, el padre cometió una gran indiscreción declarándole á su hija que su futuro esposo sería Rabourdin *de algo* antes de la edad requerida para entrar en la cámara. Rabourdin sería en breve magistrado y secretario general de su ministerio. De estos dos escalones, este joven iría á las regiones superiores de la administración con una fortuna y un nombre que le serían transmitidos mediante un cierto testamento que él conocía. El matrimonio se celebró.

Rabourdin y su mujer creyeron en el misterioso poder indicado por el anciano subastador, y arrastrados por la esperanza y el abandono que los primeros amores infunden á los recién casados, los señores Rabourdin gastaron en cinco años cerca de cien mil francos. Asustada de no ver ascender á su marido, Celestina quiso emplear en tierras los cien mil francos que le quedaban de su dote, negocio que le dió poca renta; pero un día ú otro la herencia del señor Leprince le serviría de recompensa á sus privaciones de momento. Cuando el antiguo subastador vió á su yerno desheredado de sus protectores, intentó, por amor á su hija, reparar este secreto jaque, arriesgando una parte de su fortuna en una especulación llena de ventajas probables; pero el pobre hombre, cogido en una de las liquidaciones de la casa Nucingen, murió de pena, dejando únicamente diez cuadros buenos que adornaron el salón de su hija y algunos muebles antiguos que ésta metió en el desván.

Ocho años de vana espera hicieron comprender al fin á la señora Rabourdin que el paternal protector de su marido debía haber sido sorprendido por la muerte y que el testamento había sido suprimido ó perdido. Dos años antes de la muerte de Leprince, la plaza de jefe de división que quedó vacante fué dada á un tal señor de la Billardiére, pariente de un diputado de la derecha, ministro en 1823. La cosa era para dejar el destino; pero ¿podía Rabourdin abandonar ocho mil francos de sueldo con gratificaciones, cuando su hogar estaba acostumbrado á gastarlos y formaba las tres cuartas partes de su renta? Por otra parte, después de algunos años de paciencia, ¿no tendría derecho á un retiro? ¿Qué caída para una mujer cuyas pretensiones al empezar la vida eran casi legítimas y que pasaba por ser una mujer eminente! La señora Rabourdin no frustró las esperanzas de la soltera; poseía los elementos de la aparente superioridad que agrada al mundo, su vasta instrucción le permitía hablar á cada uno en su lenguaje, sus talentos eran reales, demostraba un espíritu independiente y elevado, y su conversación cautivaba tanto por su variedad como por la originalidad de sus ideas. Estas cualidades útiles para una soberana ó para una embajadora, sirven de poco en un hogar de la clase media. Las personas que hablan bien necesitan público, les gusta hablar mucho tiempo y á veces cansan. Para satisfacer las necesidades de su espíritu, la señora Rabourdin recibió una vez por semana y frecuentó mucho el mundo, á fin de disfrutar en él de los goces á que su amor propio la tenía acostumbrada. Los que conocen la vida de París, ya saben lo que debía sufrir una mujer de este temple asesinada por la exigüidad de sus medios pecuniarios. A pesar de las necias declamaciones que se hacen acerca del dinero, cuando se vive en París, no hay más remedio que rendir homenaje á las cifras y besar la pata ganchuda del becerro de oro. ¿Qué problema! doce mil francos de renta para sufragar los gastos de un hogar compuesto de padre, madre, dos hijos, camarera y cocinera, instalado en un segundo piso de la calle de Duphot, que paga cien luises de alquiler. Descotad el tocado, vestido y coches de la señora antes de calcular los gastos de la casa, ved lo que queda para la educación de los hijos (una muchacha de siete años y un niño de nueve, cuya educación costaba ya dos mil francos), y veréis que la señora Rabour-

din apenas podía dar treinta francos mensuales á su marido. Casi todos los maridos parisienses se hallan en esta situación, so pena de pasar por monstruos. Aquella mujer que se había creído destinada á brillar en el mundo y á dominarlo, se vió al fin obligada á emplear su inteligencia y sus facultades en una lucha innoble y desesperada, luchando cuerpo á cuerpo con su libro de gastos. Con sufrimiento de su amor propio, había tenido que despedir á su criado cuando la muerte de su padre. La mayor parte de las mujeres se cansan de esta lucha diaria, se quejan y acaban por conformarse con su suerte; pero la ambición de Celestina, en lugar de desaparecer, se agrandó con los obstáculos, y no pudiendo vencer éstos quiso hacerlos desaparecer. A sus ojos esta complicación en los resortes de la vida fué como el nudo gordiano que no se desata, pero que es roto por el genio. Lejos de avenirse á la mezquindad de una vida obscura, se impacientó por lo mucho que tardaba su porvenir, y acusó á la suerte de su engaño. Celestina se creyó de buena fe una mujer eminente. Tal vez tenía razón, tal vez hubiese sido grande en grandes circunstancias, tal vez no ocupaba el lugar que le correspondía. Reconocámoslo. Lo mismo en el hombre que en la mujer, hay variedades que se crean las sociedades para satisfacer sus necesidades. Ahora bien, en el orden social, lo mismo que en el orden natural, hay más retoños que árboles, más pescadillos que peces; muchas capacidades deben, pues, morir ahogadas y estériles como los granos que caen en una roca pelada. Indudablemente que hay mujeres de su casa, mujeres de placer, mujeres de lujo, mujeres exclusivamente madres, ó esposas, ó amantes, mujeres puramente espirituales ó puramente materiales, del mismo modo que hay artistas, soldados, artesanos, matemáticos, poetas, negociantes y gentes que sólo entienden en cuestiones de dinero, de agricultura ó de administración. Además, la extrañeza de los acontecimientos acarrea contrasentidos. Muchos llamados y pocos elegidos es una ley que rige lo mismo en la sociedad que en el cielo. La señora Rabourdin se consideraba muy capaz de instruir á un hombre de Estado, de entusiasmar el alma de un artista, de animar á un inventor y de asistirle en sus luchas, de entregarse á la política financiera de un Nucingen y de representar brillantemente una fortuna. Tal vez quería de este modo explicarse á sí misma su

horror por las menudencias de la casa, como las cuentas de la planchadora y de la cocinera y demás cuidados de un hogar. Ella se creía eminente en el puesto en que le agradaría estar. Sintiendo tan vivamente las espinas de una posición que puede compararse á la de san Lorenzo en las parrillas ¿no había de quejarse? En sus paroxismos de ambición contrariada, en los momentos en que su vanidad herida le causaba violentos dolores, Celestina, dirigía rudos ataques á Javier Rabourdin. ¿No le tocaba á su marido colocarla convenientemente? Si ella fuese hombre, habría tenido la energía de hacer rápida fortuna para labrar la felicidad de una mujer amada. Celestina le reprochaba que era demasiado honrado. En la boca de ciertas mujeres esta acusación es un privilegio de imbecilidad. Le dibujó soberbios planes en los que no tenía en cuenta los obstáculos que oponen los hombres y las cosas, y después, como todas las mujeres animadas por un sentimiento violento, se hizo con el pensamiento más maquiavélica que un Gondreville y más crapulosa que Máximo de Trailles. El ingenio de Celestina lo concebía entonces todo, y se contemplaba á sí misma en la extensión de sus ideas. Cuando manifestó todas estas sus imaginaciones, Rabourdin—que conocía la práctica—quedó frío. Celestina, entristecida, juzgó á su marido muy pobre de inteligencia, tímido, é insensiblemente adquirió la opinión más falsa acerca del compañero de su vida. En primer lugar, ella lo deslumbraba con la brillantez de su discusión, y además, como á ella se le ocurrían las ideas de pronto, le interrumpía cuando él comenzaba á dar alguna explicación á fin de no perder un chispazo de su ingenio. Desde los primeros días de su matrimonio, sintiéndose amada y admirada por Rabourdin, Celestina se mostró displicente con él, se sobrepuso á todas las leyes conyugales y de cortesía íntima pidiendo en nombre del amor el perdón de sus faltas, y como no se corrigió nunca, dominó constantemente. En esta situación, un hombre se encuentra ante su mujer como un niño ante su protector cuando éste no puede ó no quiere creer que el niño á quien él ha educado se ha hecho ya hombre. Al igual que la señora Staël, cuando decía en público á un hombre de más talento que ella: «¿Sabe usted que acaba de decir una cosa muy profunda?», la señora Rabourdin decía de su marido: «A veces tiene ingenio». Insensiblemente, la dependencia en que continuó manteniendo á

Javier se manifestó en su fisonomía por medio de imperceptibles movimientos. Su actitud y sus modales denotaron su falta de respeto. Sin saberlo, dañaba, pues, á su marido, pues en todos los países, antes de juzgar á un hombre, el mundo escucha lo que piensa de él su mujer. Cuando Rabourdin se apercibió de las faltas que el amor le había hecho cometer, la cosa no tenía remedio, y, por lo tanto, sufrió en silencio. Al igual que algunos hombres cuyos sentimientos é ideas se igualan en fuerza, y que tienen á la vez una alma hermosa y un cerebro bien organizado, se constituyó en el abogado de su mujer ante el tribunal de su juicio, se dijo que la naturaleza le había destinado á algo más elevado que no alcanzó por culpa suya, y acabó por condenarse á sí propio. Esto sin contar con que su mujer, á fuerza de repetirle sus creencias, se las había inoculado. Las ideas son contagiosas en el hogar; el 9 de thermidor, al igual que otros tantos inmensos acontecimientos, es el resultado de una influencia femenina. Empujado por la ambición de Celestina, Rabourdin había ideado hacia ya tiempo un medio de satisfacerla; pero le ocultaba sus esperanzas para no atormentarla. Aquel hombre de bien había resuelto descollar en la administración, produciendo en ella una de esas revoluciones que colocan á un hombre á la cabeza de un partido cualquiera de la sociedad; pero incapaz de transformarla en provecho propio, maduraba pensamientos útiles y soñaba con un triunfo obtenido por nobles medios. Esta idea ambiciosa y generosa á la vez hay pocos empleados que no la hayan concebido; pero lo mismo en los empleados que en los artistas hay más abortos que partos, lo cual confirma aquella frase de Buffon: «Que el genio es paciencia».

Puesto en situación de examinar la administración y de observar su mecanismo, Rabourdin operó en el medio en que la casualidad había hecho mover su pensamiento, lo cual, entre paréntesis, es el secreto de muchas obras humanas, y acabó por inventar un nuevo sistema de administración. Como conocía á la gente con quien tenía que habérselas, había respetado la máquina que funcionaba entonces, que funciona ahora y que funcionará mucho tiempo, pues todo el mundo se asustará siempre ante la idea de rehacerla, pero según Rabourdin, nadie debía oponerse á que se simplificara. La solución del problema descansaba, en su sentir, en el

empleo de las mismas fuerzas. Expresado con sencillez, su plan consistía en modificar los impuestos de modo que disminuyesen sin que el Estado perdiese sus rentas, y en obtener, con un presupuesto igual al presupuesto que originaba entonces tan locas discusiones, resultados dos veces más considerables que los resultados actuales. Una larga práctica había demostrado á Rabourdin que en todas las cosas la perfección es producida por sencillas modificaciones. Economizar es simplificar, simplificar es suprimir una rueda inútil, de modo que su sistema se traducía en una nueva nomenclatura administrativa. De ahí tal vez la razón del odio que se atraen los innovadores. Las supresiones exigidas por el perfeccionamiento, supresiones que no son en un principio bien comprendidas, amenazan existencias que no se resuelven fácilmente á cambiar de condición. Lo que hace á Rabourdin verdaderamente grande es el haber sabido contener el entusiasmo que se apodera de todos los innovadores y el haber buscado pacientemente un engranaje para cada cosa á fin de evitar los choques, dejando al tiempo y á la experiencia el cuidado de demostrar la excelencia de cada cambio. La grandeza del resultado haría creer en su imposibilidad, si se perdiese de vista este pensamiento en medio del rápido análisis de este sistema. No es, pues, inútil indicar, según sus declaraciones, por incompletas que fuesen, el punto de donde partió para abrazar el horizonte administrativo. Este relato, que constituye, por otra parte, el corazón de la intriga, explicará tal vez también algunas desgracias de las costumbres presentes.

Profundamente conmovido ante las miserias que había reconocido en la existencia de los empleados, Javier se había preguntado de donde provenía su creciente desconsideración, había indagado sus causas y las había hallado en esas pequeñas revoluciones parciales, que fueron como los remolinos de la tempestad de 1789, remolinos que no han sido estudiados por los historiadores de los grandes movimientos sociales, á pesar de ser en definitiva los que han hecho nuestras costumbres tal cual son.

Antaño, cuando la monarquía, los ejércitos burocráticos no existían; los empleados, poco numerosos, obedecían á un primer ministro siempre en comunicación con el soberano, y de este modo servían casi directamente al rey. Los jefes de estos servidores celosos se llamaban sencillamente primeros

dependientes. En las partes de la administración que el rey no dirigía en persona, como las casas de campo, los empleados eran á sus jefes lo que los dependientes de una casa de comercio son á sus patronos; aprendían una ciencia que debía servirles para crear fortuna. De esta suerte, el menor punto de la circunferencia se relacionaba con el centro y recibía de él vida. Había, pues, abnegación y fe. Desde 1789, el Estado, la patria, si se quiere, ha reemplazado al príncipe. En lugar de depender directamente de un primer magistrado político, los dependientes se han convertido, á pesar de nuestras hermosas ideas acerca de la patria, en *empleados del gobierno*, y sus jefes están expuestos á todos los vientos de un poder llamado ministerio que no se sabe la vispera si existirá el día siguiente. El curso de los negocios, como debe seguir siempre su marcha, exige una cierta cantidad de empleados indispensables, que como pueden ser despedidos, procuran conservar su plaza. De este modo ha nacido la burocracia, poder gigantesco que fué puesto en movimiento por enanos. Si subordinando todos los hombres y todas las cosas á su voluntad hubiese retardado Napoleón por un momento la influencia de la burocracia, ésta se hubiese organizado definitivamente bajo el gobierno constitucional, amigo inevitable de las medianías, gran aficionado á las piezas comprobantes y á las cuentas, chinchorrero, en fin, como un avaro. Satisfechos de ver á los ministros en luchas constantes con cuatrocientos espíritus mezquinos, y con diez ó doce cabezas ambiciosas y de mala fe, las oficinas se apresuraron á hacerse necesarias sustituyendo la acción animada por la acción escrita, y crearon una poderosa inercia llamada el informe. Exliquemos el informe.

Cuando los reyes tuvieron ministros, lo cual no empezó hasta el reinado de Luis XV, en lugar de tener como antes consejos con los grandes del Estado, mandaron que les diesen informes. Insensiblemente, los ministros se sintieron inclinados á imitar á los reyes. Ocupados en defenderse ante los dos cámaras y ante la corte, se echaron en brazos del informe, hasta el punto que no se presentó nada importante ni urgente en la administración sin que el ministro respondiese: «He pedido un informe». El informe se convirtió en lo que es el informe para los diputados en la cámara de las leyes. Una consulta en la que se estudian las razones en pro y en contra con más ó menos parcialidad. El ministro, al igual

que la cámara, se encuentra tan adelantado antes del informe como después del informe. Esa resolución se toma en un instante, y como quiera que sea, hay que llegar al momento en que es preciso decidirse. Cuanto más se discuten las razones en pro y en contra, menos sano es el juicio. Las cosas más hermosas de Francia se han realizado cuando no existía el informe y las cosas se hacían espontáneamente. La ley suprema del hombre de Estado es aplicar fórmulas precisas á todas las cosas, á la manera de los jueces y de los médicos.

Rabourdin, que se decía: «Un hombre es ministro para tener decisión, conocer los negocios y hacerlos marchar», vió el informe reinando en Francia desde el coronel hasta el mariscal, desde el comisario de policía hasta el rey, desde los prefectos hasta los ministros, desde la cámara hasta la ley. Desde 1818 todo empezaba á discutirse, á pesarse y á contrapesarse de viva voz ó por escrito, y todo tomaba la forma literaria. Francia iba á arruinarse á pesar de tan hermosos informes, porque se disertaba en lugar de obrar. Se hacían en Francia un millón de informes escritos al año. Por eso imperaba la burocracia. Los expedientes, los protocolos, en unión de las piezas sin las que Francia estaría perdida y la circular sin la cual no marcharía adelante, crecieron, se agrandaron y se embellecieron. La burocracia mantuvo desde entonces en provecho propio la desconfianza entre el ingreso y el gasto y calumnió la administración para salvar al administrador. Por fin, inventó los hilos liliputienses que encadenan la Francia á la centralización parisiense, cual si del año 1500 á 1800 no hubiese podido Francia emprender nada sin treinta mil pretendientes. Aferrándose á la cosa pública como la yedra al muro, el empleado se resarcía por completo, y he aquí como.

Obligados á obedecer á los príncipes ó á las cámaras, que les imponen resoluciones determinadas en el presupuesto, los ministros disminuían los salarios y aumentaban los empleos, pensando que cuanto más gente hubiese empleada por el gobierno más fuerte sería éste. La ley contraria es un axioma escrito en el universo; no hay energía, á no ser mediante el enrarecimiento de los principios que obran. Los acontecimientos han probado en julio de 1830 el error del materialismo de la restauración. Para implantar un gobierno en el corazón de una nación, hay que saber adherir á él *intereses* y no *hombres*. Llevado á despreciar el gobierno que le

restaba á la vez consideración y salario, el empleado obraba en aquel momento con él como obra una entretenida con un amante viejo, dándole trabajo por su dinero; situación tan poco tolerable para la administración como para el empleado si ambos se tomasen el pulso y si los grandes salarios no ahogasen la voz de los pequeños. Ocupado únicamente en mantenerse, en percibir su sueldo y en llegar á obtener su retiro, el empleado creía que se lo podía permitir todo para obtener este gran resultado. Este estado de cosas producía el servilismo del dependiente y engendraba perpetuas intrigas en el seno de los ministerios, donde los empleados pobres luchaban contra la aristocracia degenerada que iba á pastar en sus campos exigiendo empleos para sus hijos arruinados. Un hombre eminente no podía caminar á lo largo de estos tortuosos setos donde las cabezas notables asustaban á todo el mundo. Un genio ambicioso se envejece para obtener la triple corona y no imita á Sixto V para llegar á ser jefe de oficina. Allí sólo quedaban los perezosos, los ineptos y los sucios. Compuesta por completo de espíritus mezquinos, la burocracia era un obstáculo para la prosperidad del país. retardaba siete años con sus expedientes el proyecto de un canal que hubiese estimulado la producción en una provincia, se asustaba de todo, perpetuaba las lentitudes, eternizaba los abusos que la eternizaban á ella y finalmente ahogaba á los hombres de talento bastante atrevidos para querer marchar sin ella ó desear corregirla. Acababa de publicarse el escalafón de retirados, y Rabourdin vió en él á un muchacho inscrito con un retiro superior al de muchos coroneles viejos acribillados de heridas. Allí se veía claramente la historia de la burocracia. Otra llaga engendrada por las costumbres modernas y que figuraba como causa de esa secreta desmoralización, era el que la administración en París no tiene subordinación real: reina una igualdad completa entre el jefe y el último empleado y son tan grandes como uno como el otro en una arena de donde se sale para ir á empezar en otra parte, pues se hacía sencillo empleado para el mismo á un artista, que á un poeta ó que á un comerciante. La instrucción dispensada igualmente á las masas ¿no lleva el hijo de un conserje de ministerio á decidir la suerte de un hombre de mérito ó de un gran propietario? El más moderno puede, pues, luchar con el más antiguo. Un rico supernumerario salpica de barro á su jefe yendo á Longchamp en un

coche en el que lleva una mujer bonita á la cual le señala, haciendo un movimiento con su látigo, al pobre padre de familia que va á pie diciéndole: «Mira, ese es mi jefe». Los liberales llamaban PROGRESO á este estado de cosas, y Rabourdin veía en esto la ANARQUÍA reinando en el corazón del poder. ¿No veía él como resultado intrigas agitadas, como las del serrallo entre eunucos, mujeres y sultanes imbéciles, triquiñuelas de convento, sordas vejaciones, tiranías de colegio, malicias de negro hechas en el ministerio mismo, y por otra parte á las gentes realmente útiles, á los trabajadores, siendo víctimas de los parásitos y á las gentes adictas á su país sucumbiendo bajo innobles traiciones? Todas las plazas de importancia, cedidas á la influencia parlamentaria y no á la dignidad real, debían encontrarse tarde ó temprano en la situación de ruedas enroscadas á una máquina. Esta fatal convicción, que tenían ya muchos hombres de ingenio, ahogaba muchas iniciativas, desalentaba á muchos y corroía su probidad cansados de la injusticia é invitados á la molición por disolventes molestias. Un dependiente de los hermanos Rothschild mantiene correspondencia con toda Inglaterra. Un solo empleado podría mantener la correspondencia con todos los prefectos; pero allí donde uno va á buscar los elementos de su fortuna, el otro pierde inútilmente el tiempo, la vida y la salud. De aquí provenía el mal. Ciertamente que un país no parece inmediatamente amenazado de muerte porque un empleado de talento se retire y porque una mediana le reemplace. Desgraciadamente para las naciones, ningún hombre parece indispensable para su existencia; pero cuando todo se empequeñece á lo largo, las naciones desaparecen. Cualquiera puede ir á instruirse viendo en Venecia, en Madrid, en Amsterdam, en Stokholmo y en Roma los lugares donde brillaron inmensos poderes, destruídos hoy por la pequeñez que se ha implantado en sus cimas. Habiéndose encontrado todo débil el día de una lucha, el Estado sucumbió ante un débil ataque. Adorar al necio que medra y no entristecerse ante la caída de un hombre de talento, da por resultado nuestra triste educación y nuestras costumbres, que llevan á las gentes de ingenio á inclinarse á la burla y al genio á la desesperación. Pero ¿cuán difícil no era de resolver el problema de la rehabilitación de los empleados en el momento en que el liberalismo propagaba por medio de sus diarios que los sueldos de los empleados constituían un robo

perpetuo y se preguntaban á cada paso el objeto de un millar de impuestos? A los ojos del señor Roubourdin, el empleado con respecto al presupuesto era lo que el jugador respecto al juego: todo lo que se lleva lo restituye. Todo sueldo importante implicaba una producción. Pagan mil francos anuales á un hombre á cambio de que dedique al trabajo las horas del día ¿no era organizar el robo y la miseria? Un forzado cuesta casi tanto y trabaja menos. Pero querer que un hombre al que el Estado diera doce mil francos al año se dedicase á su país, era un contrato provechoso para ambos y que podía atraer á gentes de valer.

Estas reflexiones habían llevado, pues, á Roubourdin á concebir una reforma de personal. Emplear poca gente, triplicar ó duplicar los sueldos y suprimir los retiros, tomar empleados jóvenes, como hacían Napoleón, Luis XIV, Richelieu y Jiménez, para conservarlos mucho tiempo reservándoles los altos empleos y grandes honores, fueron los puntos capitales de una reforma tan útil para el Estado como para el empleado. Es difícil contar en detalle, capítulo por capítulo, un plan que abrazaba el presupuesto y que descendió á los detalles infinitamente pequeños de la administración para sintetizarlos. Pero lo mismo para los que conocen la constitución administrativa que para los que la ignoran, tal vez bastaría una indicación de las principales reformas. Aunque la posición de un historiador sea peligrosa relatando un plan que tiene cierta semejanza con la política hecha en el rincón del fuego, es necesario bosquejar dicho plan á fin de comprender al hombre por su obra. Suprimid el relato de sus trabajos y seguramente que no daréis fe al narrador bajo su palabra, si este se contentase con afirmar el talento ó la audacia de un jefe de oficina.

Roubourdin dividía la administración en tres ministerios. Había pensado que si antaño había cabezas bastante privilegiadas para abrazar el conjunto de los negocios interiores y exteriores, la Francia de hoy no carecería nunca de Mazarenos, de Sugers, de Sullys, Choiseuls y Colberts, para dirigir ministerios más vastos que los ministerios actuales. Por otra parte, constitucionalmente hablando, tres ministros se ponen de acuerdo más fácilmente que siete. Además, es menos difícil también engañarse en la elección. Finalmente, tal vez la dignidad real evitaría así sus perpetuas oscilaciones ministeriales, que no permiten seguir ningún plan de política exte-

rior ni realizar ninguna mejora interior. En Austria, donde la reunión de diversas naciones ofrece la dificultad de tener que conciliar diferentes intereses, dos hombres de Estado soportaban el peso de los negocios públicos sin estar agobiados. ¿Era Francia más pobre que Alemania en capacidades políticas? El juego de las instituciones constitucionales, desarrollado con exceso, acabó, como es sabido, por exigir muchos ministros para satisfacer las múltiples ambiciones de la burguesía. En primer lugar, le pareció entonces natural á Roubourdin reunir el ministerio de marina al ministerio de la guerra. Para él la marina era una de las cuentas corrientes del ministerio de la guerra, como la artillería, la caballería, la infantería y la intendencia. ¿No era un contrasentido dar á los almirantes y á los mariscales una administración separada, cuando tienen un objeto común: la defensa del país, el ataque al enemigo y la protección de las posesiones nacionales? El ministerio del interior debía comprender el comercio, la policía y la hacienda, so pena de desmentir su nombre; al ministerio de negocios extranjeros pertenecía la justicia, la casa real, las artes, las letras y los indultos. Toda protección debe emanar inmediatamente del soberano. Este ministerio implicaba la presidencia del consejo. Cada uno de estos tres ministerios no implicaban más allá de doscientos empleados para su administración central, donde Roubourdin los incluía á todos como se hacía antaño cuando la monarquía. Calculando término medio una suma de doce mil francos por empleado, sólo ascendía á siete millones lo que importa más de veinte en el presupuesto actual. Reduciendo así los ministerios á tres cabezas, suprimía administraciones que se habían hecho completamente inútiles y los enormes gastos de sus establecimientos en París. Probaba el que un distrito debía ser administrado por diez hombres, y una prefectura por doce á lo sumo, lo cual no suponía más que cinco mil empleados para toda Francia (aparte la magistratura y el ejército), número que era excedido entonces nada más que por la suma de los empleados de los ministerios. Pero en este plan los escribanos de los tribunales quedaban encargados del régimen hipotecario, y el ministerio público del registro y de las propiedades. Roubourdin reunía en un mismo centro sus partidas similares. Así, la hipoteca, la herencia y el registro no salían de su círculo de acción y sólo necesitaban tres supernumerarios en cada juzgado y otros tres en

cada audiencia. La aplicación constante de este principio había llevado á Rabourdin á reformar la hacienda. Había unido todas las percepciones de impuestos en una sola, grabando al consumo en masa en lugar de grabar la propiedad. Según él, el consumo era la única materia que debía ser objeto de contribuciones en tiempo de paz, y la contribución territorial debía quedar reservada para los casos de guerra, pues el Estado sólo debía pedir sacrificio al suelo cuando se trataba de defenderlo, resultando una gran falta política el inquietarlo más allá de ciertos límites en tiempo de paz, porque después no se le encontraba propicio en las grandes crisis. Era partidario del préstamo durante la paz, porque se hacía á la par, y no al cincuenta por ciento de pérdida como en los tiempos malos, y de la contribución territorial durante la guerra.

La invasión de 1814 y de 1815, fundó en Francia una institución que ni Law ni Napoleón hubieran podido establecer: el crédito.

Desgraciadamente, Javier consideraba que serían poco comprendidos los verdaderos principios de esta admirable máquina en la época de sus trabajos, que comenzaron en 1820. Rabourdin imponía al consumo contribuciones directas, suprimiendo todo el farrago de las contribuciones indirectas. La recaudación del impuesto se resolvía por una lista única compuesta de diversos artículos, y de este modo derribaba las pesadas cargas que pesaban sobre las villas, en las que se procuraba mayores beneficios simplificando los medios actuales de percepción, enormemente costosos. Disminuir la pesadez del impuesto no es en Hacienda disminuir el impuesto, sino repartirlo mejor; aligerarlo es aumentar la masa de las transacciones; el individuo paga menos y el Estado recibe más. Esta reforma, que parece inmensa, descansaba en un mecanismo muy sencillo. Rabourdin había tomado el impuesto personal y mobiliario como la representación más fiel del consumo general. Las fortunas individuales se adivinan admirablemente en Francia por el alquiler, número de caballos, criados y coches de lujo, que se prestan admirablemente á la fiscalización. Las habitaciones y lo que contienen varían poco y desaparecen difícilmente. Después de haber indicado los medios de confeccionar una lista de contribuciones mobiliarias más exacta que la lista actual, repartía las sumas que producían al Tesoro los impuestos indirectos en un tanto

por ciento á cada cuota individual. El impuesto es una cantidad de dinero arrancado á las cosas ó á las personas con disfraces más ó menos especiales, y estos disfraces, buenos cuando era preciso sacar por fuerza el dinero, ¿no son ridículos en una época en que las clases que tienen que pagarlos saben ya el por qué los toma el Estado y por qué medio los devuelve? En efecto, el presupuesto no es una caja de caudales, sino una regadera que cuanto más agua toma y derrama, más hace prosperar al país. Así, suponed seis millones de cuotas altas (Rabourdin probaba su existencia contando el número de familias acomodadas), ¿no es preferible pedirle directamente un *derecho de vino*, que no sería tan odioso como el impuesto de puertas y ventanas y produciría cien millones, á atormentarles imponiéndoles la cosa misma? Mediante esa regularización del impuesto, cada particular pagaría menos en realidad, el Estado recibiría más y los consumidores gozarían de una inmensa reducción en el precio de las cosas que no fuesen sometidas ya por el Estado á infinitas torturas. Rabourdin conservaba un derecho de cultura sobre los viñedos á fin de proteger esta industria contra la excesiva abundancia de los productos. Además, para gravar el consumo de las gentes pobres, había de tenerse en cuenta la población de los lugares que habitaban, y afectaría tres formas: derecho de vino, derecho de cultura y patente, y el Tesoro obtendría una recaudación enorme sin gastos ni vejaciones, en lugar de un impuesto vejatorio que se repartía entre sus empleados y él. De este modo el impuesto gravaba lo mismo al rico que al pobre sin atormentarlo. Otro ejemplo: suponed una cuota de un franco ó dos de derechos de sal, y obtenéis diez ó doce millones; la gabela moderna desparece, la población pobre respira, la agricultura queda aliviada, el Estado recauda lo mismo y ningún contribuyente se queja. Todo contribuyente más ó menos industrial ó propietario puede reconocer inmediatamente los beneficios de un impuesto repartido de este modo viendo que la vida mejora en el interior de los campos y que el comercio aumenta. En fin, de año en año, el Estado vería que crecía el número de los grandes contribuyentes. Suprimiendo la administración de las contribuciones indirectas, máquina enormemente costosa y que es un Estado dentro del Estado, el Tesoro y los particulares saldrían ganando mucho, teniendo en cuenta únicamente la economía de los gastos de per-

cepción. El tabaco y la pólvora se arrendaban. Este procedimiento, desarrollado ya por otros antes que por Roubourdin, cuando la renovación de la ley acerca de los trabajos, fué tan convincente, que aquella ley de estancamiento no hubiese pasado en una cámara á la que no se le hubiese dado la elección del medio, como lo hizo entonces el ministerio. Entonces fué más bien una cuestión de gobierno que una cuestión de Hacienda. El Estado no poseía nada propio, ni bosques, ni minas, ni explotaciones. A los ojos de Roubourdin el Estado propietario era un contrasentido administrativo. El Estado no sabe explotar la propiedad y se priva de contribuciones, perdiendo así por dos conceptos. Respecto á las fábricas del gobierno, era otro contrasentido aplicado á la esfera de la industria. El Estado obtiene productos más costosos que los del comercio confeccionando con más lentitud, y deja de percibir sus derechos de contribución de la industria, á la cual priva de alimentos. ¿Es acaso administrar un país fabricar en lugar de hacer fabricar, y poseer en lugar de crear las más diversas posesiones? Dentro de este sistema el Estado no exigía ya ninguna fianza en dinero. Roubourdin no admitía más que fianzas hipotecarias. He aquí por qué. O el Estado conserva la fianza entorpeciendo el movimiento del dinero, ó lo emplea para sacar un interés mayor del que da, lo cual es un robo, ó pierde, lo cual es una tontería; ó dispone, en fin, de la masa de las fianzas preparando en ciertos casos una horrible bancarrota. El impuesto territorial no desaparecía por completo, y Roubourdin conservaba una pequeña parte de él como punto de partida para caso de guerra; pero evidentemente las producciones del suelo quedaban libres de carga, y la industria, encontrando las primeras materias á bajo precio, podía luchar con el extranjero sin la engañosa ayuda de las aduanas. Los ricos administraban gratuitamente los departamentos teniendo como recompensa la dignidad de par bajo ciertas condiciones. Los magistrados, los cuerpos docentes y los empleados inferiores, veían sus servicios espléndidamente recompensados, no había empleado que no gozase de gran consideración merecida por la extensión de sus trabajos y la importancia de su sueldo, todos pensarían por sí mismos en su porvenir y Francia se vería curada del cáncer de las clases pasivas. En resumen, Roubourdin formaba un presupuesto de setecientos millones de gastos únicamente, y mil doscientos millones de ingresos.

Un reembolso de quinientos millones anuales suponía, pues, una fuerza un poco mayor que la de la situación actual, cuyos vicios quedan demostrados. Según él el Estado pasaba á ser rentista en lugar de convertirse en propietario y fabricante. Finalmente, para llevar á cabo la reforma sin grandes trastornos y para evitar una San Bartolomé de empleados, Roubourdin sólo exigía 20 años.

Tales eran los pensamientos madurados por este hombre desde el día en que su plaza fué dada al señor de la Billardiére, hombre incapaz. Este plan, tan vasto en apariencia, tan sencillo en realidad y que suprimía tantos empleados inútiles de alta y baja categoría, exigía continuos cálculos, estadísticas exactas y pruebas evidentes. Roubourdin había estudiado hacía mucho tiempo el presupuesto desde los dos puntos de vista de los gastos y de los ingresos; así es que había perdido muchas noches sin que su mujer lo supiese. Pero el haberse atrevido á concebir este plan para sobreponerlo sobre el cadáver administrativo no era nada; era preciso además dirigirse á un ministro capaz de apreciarlo. El éxito de Roubourdin dependía, pues, de la tranquilidad de una política que estaba á la sazón agitada, y el buen hombre no consideró al gobierno como definitivamente sentado hasta el momento en que trescientos diputados tuvieron el valor de formar una mayoría compacta sistemáticamente ministerial. Después que Roubourdin había acabado sus trabajos, llegó á verse la estabilidad en política. En aquella época el lujo de la paz debida á los Borbones hacía olvidar el lujo guerrero de los tiempos en que Francia brillaba como un vasto campo, pródigo y magnífico, porque era victoriosa. Después de su campaña en España, el ministerio parecía que debía comenzar una de esas apacibles carreras en que el bien puede comenzarse, pues hacía ya tres meses que había empezado un nuevo reinado sin encontrar ninguna traba, toda vez que el liberalismo de la izquierda había saludado á Carlos X con el mismo entusiasmo que el de la derecha. Aquello era para engañar á las gentes más avisadas. El momento pareció, pues, propicio á Roubourdin. ¿No era una garantía de duración para un gobierno el hecho de proponer y llevar á cabo una reforma cuyos resultados eran tan grandes? Nunca se vió, pues, á aquel hombre más preocupado y más pensativo que entonces por las mañanas cuando iba al ministerio y por las tardes cuando salía de él. Por su parte

la señora Rabourdin, desolada ante la idea de no ver realizado el porvenir soñado y aburrida de trabajar en secreto para procurarse algún lujo en el vestir, no se había mostrado nunca más disgustada; pero como mujer fiel á su marido, consideraba indignos de una mujer eminente los vergonzosos comercios con que ciertas mujeres de empleados suplían la insuficiencia de los sueldos. Esta razón le hizo huir de toda relación con la señora Colleville, liada á la sazón con Francisco Keller y cuyas veladas superaban en mucho á las de la calle Duphot. Celestina tomó la preocupación del pensador político y del trabajador intrépido por el apático abatimiento del empleado dominado por el aburrimiento de las oficinas y vencido por la más detestable de todas las miserias, y entonces lamentó el haberse casado con un hombre sin energías y resolvió hacer por sí sola la fortuna de su marido elevándole á toda costa á una esfera superior y ocultándole los medios de que se valía para hacerlo. La esposa usó en sus concepciones aquella independencia de ideas que la distinguía y se complació en elevarse sobre las demás mujeres, no obedeciendo ya á sus mezquinas preocupaciones y procurando romper las trabas que la sociedad les impone. En medio de su rabia se prometió explotar á los tontos haciendo uso de sus propias armas. La ocasión era favorable. El señor de Billardiére, atacado de una enfermedad mortal, iba á sucumbir á los pocos días. Si Rabourdin le sucedía, sus talentos, pues Celestina le suponía talentos administrativos, serían tan bien apreciados, que no tardaría en lograr la plaza de magistrado que le habían prometido antes. Ya le veía comisario del rey defendiendo los proyectos de ley en las cámaras, y entonces, entonces sí que le ayudaría: se convertiría si era preciso en secretario suyo y perdería las noches. Todo ello para ir al Bosque de Bolonia en una encantadora calesa, para competir con la señora Delfina de Nucingen, para elevar su salón á la altura del de la señora Colleville, para ser invitada á las grandes solemnidades ministeriales, para conquistarse auditores, para hacer que dijese de ella: «La señora Rabourdin de... algo» (aunque no conocía su tierra), como decían la señora de Firmiani, la señora de Espard, la señora de Aiglemont, la señora de Carigliano; para hacer que desapareciese, en fin, el odioso nombre de Rabourdin.

Estas secretas concepciones motivaron algunos cambios en el interior del hogar. La señora Rabourdin empezó á

marchar con paso firme por la senda de la deuda, tomó un criado haciéndole llevar librea, renovó algunas partes de su mobiliario, empapeló de nuevo su casa, la embelleció con flores que se renovaban con frecuencia, la llenó de esas chucherías que estaban entonces de moda, y además, ella, que había tenido antes algunos escrúpulos acerca de sus gastos, no dudó ya en ponerse su tocado en armonía con la posición á que aspiraba. Para poner de moda sus miércoles, dió regularmente una comida los viernes invitando á los conocidos á tomar un té el miércoles siguiente. Celestina escogió hábilmente sus convidados entre los diputados influyentes y entre las gentes que de lejos ó cerca podrían servir para sus planes. En fin, que se creó una sociedad muy distinguida, y las gentes se divertían mucho en su casa, ó al menos lo decían, lo cual basta en París para atraer al mundo. Rabourdin estaba tan profundamente preocupado en la terminación de su gran proyecto, que no notó siquiera lo mucho que había aumentado el lujo en el seno de su hogar.

De esta suerte, la mujer y el marido pusieron sitio á la misma plaza y operaron cada uno por su cuenta sin haberse dicho nada.

En el ministerio ocupaba entonces la plaza de secretario un tal don Clemente Chardin de los Lupeaulx, uno de esos personajes puestos de relieve por los acontecimientos políticos durante algunos años, derribados un día por la tormenta y encontrados en la orilla como el casco de una embarcación vieja. El viajero se pregunta si aquel despojo no ha contenido mercancías preciosas, si no ha servido en grandes circunstancias. En este momento Clemente de los Lupeaulx (el Lupeaulx eclipsaba el Chardin) llegaba á su apogeo. Lo mismo en las existencias más ilustres que en las más oscuras, ¿no hay, lo mismo para el animal que para los secretarios generales, un cenit y un nadir, un período en que el pelaje es magnífico y la fortuna despide todo su brillo? En la nomenclatura creada por los fabulistas, Lupeaulx pertenecía al género de los Bertrand, que no se ocupan más que de encontrar algún Raton, y como fué uno de los principales actores de este drama, merece una descripción tanto más extensa, cuanto que la revolución de julio suprimió aquel puesto eminentemente útil á los ministros constitucionales.

Los moralistas despliegan ordinariamente su verbosidad acerca de las abominaciones trascendentales. Para ellos los

crímenes están en las audiencias ó en las inspecciones de policía, y no ven las astucias sociales, la habilidad que burla el código; sólo perciben los horrores que son sumamente visibles. Ocupados siempre de los carniceros, olvidan á los reptiles, y, afortunadamente para los poetas cómicos, les dejan la labor de describir los matices que caracterizaban á Charadin de los Lupeaulx. Egoísta y vano, rastrero y altivo, libertino y goloso, ambicioso á causa de sus deudas, discreto como una tumba de la que nadie sale para desmentir la inscripción grabada para los transeuntes, intrépido y atrevido cuando solicitaba, amable y ocurrente en toda la acepción de la palabra, burlón con oportunidad, lleno de tacto, descaído volteriano y devoto por conveniencia, este secretario general se parecía á todas las medianías que forman el núcleo del mundo político. Sabio con la ciencia de los demás, se había propuesto escuchar y no existía auditor más atento. Para no despertar sospechas, era adulador hasta la saciedad, insinuante como un perfume y cariñoso como una mujer. Iba á cumplir pronto cuarenta años. Su juventud le había servido de desesperación durante mucho tiempo, pues comprendía que el plato de su fortuna política dependía de la diputación. ¿Cómo había medrado?—se preguntará el lector.—Por un medio bien sencillo: Lupeaulx se encargaba de las misiones delicadas que no se pueden confiar ni á un hombre á quien no se respeta; pero que se confían á hombres serios y apócrifos á la vez, á quienes se puede autorizar ó desautorizar á placer. Su situación consistía en estar siempre comprometido, para ascender lo mismo con la derrota que con el éxito. Había comprendido que bajo la Restauración, época de transacciones continuas entre los hombres, entre las cosas, entre los hechos realizados y los que se forman en el horizonte, el poder necesitaría un recadero. Una vez que se introduce en una casa una vieja que sabe como se hace y deshace la cama, á donde se echa la basura, donde se pone la ropa sucia, donde se guardan los cubiertos, como se apacigua á un acreedor y qué gentes deben ser recibidas ó rechazadas, aquella criatura, aunque tenga vicios, aunque sea sucia, bábosa ó desdentada, aunque juegue á la lotería y robe seis reales diarios para comprar una participación, los amos la quieren por costumbre, celebran conferencias delante de ella en las circunstancias más críticas y hasta le permiten tomar la palabra para insinuar recursos; la servidora siempre

está presente, lleva con oportunidad el pote de colorete y el chal, se deja reñir y aunque la echen por las escaleras, al día siguiente, al despertar, os presenta alegremente un almuerzo excelente. Por grande que sea un hombre de Estado, necesita una mandadera con la cual pueda ser débil, indeciso, y que le permita discutir su propio porvenir, interrogarse, responderse y aventurarse al combate. ¿No viene á ser esto como la madera blanda de los salvajes, que frotada contra la madera dura produce fuego? Muchos genios se iluminan de este modo. Napoleón conferenciaba con Berthier y Richelieu con el padre José. Lupeaulx servía de confidente á todo el mundo. Seguía siendo amigo de los ministros caídos sirviéndoles de intermediario para con los nuevos. Por otra parte, entendía admirablemente todos los detalles en que un hombre de Estado no tiene tiempo de pensar, comprendía una necesidad, obedecía bien, realizaba su bajeza siendo él el primero en bromear acerca de ella, y en el artículo de hacer favores escogía siempre aquellos que él creía que no habían de ser olvidados. De esta suerte, cuando fué preciso franquear el foso que separaba el Imperio de la Restauración, cuando todo el mundo buscaba una tabla para pasarlo, en el momento en que los mequetrefes del Imperio se deshacían en palabras de abnegación, Lupeaulx pasaba la frontera después de haber pedido fuertes sumas á unos usureros. Jugándose el todo por el todo, adquirió los créditos más importantes del rey Luis XVIII y liquidó por este medio tres millones al veinte por ciento. Los beneficios fueron devorados por los señores Gobseck, Werbrust y Gigonnet, empresarios del negocio; pero Lupeaulx efectuó esta operación porque sabía que Luis XVIII no era hombre que pudiese olvidar su servicio. Lupeaulx fué nombrado magistrado, caballero de San Luis y oficial de la Legión de honor. Una vez en las alturas, el hombre hábil buscó los medios de mantenerse en ellas, y á su oficio de recadero, había unido el de consultor gratuito en los casos de enfermedades secretas del poder.

Después de haber reconocido en las pretendidas superioridades de la Restauración una gran inferioridad respecto á los acontecimientos que las dominaban, supo imponerse y pasar por un hombre indispensable, hasta el punto de que esta creencia echó tan profundas raíces, que los ambiciosos juzgaban necesario mantener á Lupeaulx en su puesto á fin de impedirle que ascendiese. Sin embargo, al verse apoyado